

meros pasos de su nuevo y soberano nacimiento, murió para vivir en toda la eternidad. Decíale el P. José la recomendación del alma, y después que vió al cuerpo sin ella, con eclesiásticas ceremonias le dió sepultura en la arena.

Encontró el siervo de Dios otra vez á un indio lleno de lepra; compadecióse mucho de él, instruyóle en la fe, y después le dió el agua del bautismo, con la cual no sólo le limpió el alma de pecados, sino el cuerpo de la lepra, quedando bueno y sano.

No fué ménos maravilloso el caso que se sigue. En la villa de los Santos murió un brasil llamado Diego, que algunos años ántes habia recibido nuestra santa fe y la habia profesado descubiertamente. Cogióle la muerte en casa de un portugués á quien servia, y el cuerpo sin alma y sin calor se guardó algun tiempo; luego le amortajaron, y estaba ya la sepultura abierta, cuando después de dos horas de su muerte, la dueña de casa vió que el difunto se movia. Llega con ánimo varonil y apresurada á ver la causa de aquel movimiento, porque en semejantes ocasiones suele el Señor dar esfuerzo para manifestar sus maravillas; y el indio poco ántes muerto la habló y pidió que le desenvolviese de aquella sábana. Manda la mujer que descosan la mortaja deseosa grandemente de saber el fin de aquel extraño suceso. El volvió á rogar á su señora que llamasen al P. José de Anchieta, y diciendo ella que el Padre no estaba en el lugar, porque habia ido al lugar de S. Vicente, dos leguas de la villa de los Santos, dijo el indio que ya habia vuelto, y que juntos habian caminado hasta un arroyo que está vecino al lugar, que allí le habia mandado el santo Padre que se adelantase, y despedido de él habia venido á casa, y vuelto á vestirse de su cuerpo. Enviaron luego al colegio de la Compañía quien de parte de Diego el resucitado diese estas señas y llamase al P. José de Anchieta. Vino, y en viéndole el enfermo le preguntó si traia consigo el relicario que le habia mostrado en el camino: sacóle el siervo de Dios del pecho, con que se alegró mucho el indio; contó luego á todos el suceso de su muerte. Dijo, que en partiendo de esta vida, á los primeros pasos que dió en la otra, le salió al camino uno que le dijo que no caminaba al cielo por el camino real y derecho, porque no habia entrado en la iglesia por la puerta del bautismo; porque esta era la causa de haber vuelto al cuerpo, ordenando Dios que á la vuelta encontrase con el P. José. Confesó que era así, que nunca habia recibido el Bautismo; pero que jamas habia caido en su yerro; que se acordaba que, cuando vinieron á su patria los hombres blancos, así llaman los indios á los hombres de Europa, y enseñaron la fe sus naturales, á él le dieron por nombre Diego; que desde aquel tiempo se tuvo por cristiano enteramente, y que solamente habia cuidado

de guardar y cumplir los mandamientos de Dios, y llevado de este engaño, jamas habia caido en su imaginación que fuese necesario el bautismo.

Pidió después de su relación al P. José que le recibiese en la Iglesia con las aguas de salud, porque se iba volviendo á morir y á caminar al lugar de donde habia venido. Trujo entonces el siervo de Dios á la memoria al indio los principales misterios de la fe con la priesa que el tiempo permitia, y catequizado; le bautizó con mucho gozo de su espíritu y muchas lágrimas de sus ojos, afirmando que diera por bien empleada su venida al Brasil y por bien logrados sus trabajos, sólomente por haber enviado aquella alma á la eterna bienaventuranza. Bautizado ya Diego, pidió licencia para partir de esta vida á su señora, y rogóle que sus pobres vestidos diese á un pobre, é hiciese decir dos Misas para que en nombre suyo se ofreciese á Dios si quiera aquel culto, y á él en la mano le pusiese encendida una candelá de cera bendita con los ceremonias de la Iglesia. Y vuelto al santo P. José, le suplicó le asistiese hasta que diese el alma á Dios, cuya era. Hízose todo lo que pedía, y todos con oraciones acompañaban en su partida aquella alma dichosa, la cual á breve rato desamparó su cuerpo y voló á su criador.

## V

*Cuán admirable fué siendo Rector.*

Cuando estaba más ocupado el santo P. José en buscar las almas de los indios, le hicieron Superior de la casa del Espíritu Santo, y después de la de S. Vicente, y últimamente Provincial, en los cuales oficios continuó el celo de las almas y conversión de los brasiles, sin descuidar un punto de sus súbditos.

Ya le habia revelado el Señor cómo lo habia de hacer Superior mientras andaba peregrinando y cultivando aquella tierra bárbara. En esta ocupación le volvió del camino á la casa del Espíritu Santo una carta del Padre que allí gobernaba á los religiosos nuestros. Iba con él en aquella peregrinación un Sacerdote, al cual dijo que su llamamiento era para que fuese Superior en aquella casa, y ni la sombra de esto traia la carta. Vino, y luego le dieron cartas del P. Provincial en que le mandaba rigiese la familia de los nuestros y las residencias subordinadas á aquel colegio.

En el gobierno espiritual y temporal de sus súbditos le favorecia el Señor con notables maravillas.

Habia enviado á un Padre á oír una confesión de un hombre enfermo. Ofreciéndosele á este Padre en esta misión breve un grave peligro, decia al

mismo tiempo su santo Superior Misa, y con el cuidado ordinario de los suyos encomendaba á Dios fervorosamente. El cual le reveló el peligro que aquel Padre corria; apretó en la oracion el P. José y alcanzó favor del cielo que deshizo el peligro, y vuelto á casa el Padre guardado de tan terrible trance, le previno su santo Superior con aquellas palabras de Cristo: *Ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua.*

Peregrinaba el siervo de Dios como solia, visitando los lugares que tocaban á su casa, y acompañábale en aquel camino un Padre llamado Juan Fernandez. En este mismo tiempo un religioso en el colegio comenzó á padecer graves tentaciones y movimientos del alma. Conociólo aunque ausente el P. José, porque se lo reveló Dios, y dijo á su compañero: «Mudemos el camino y dejemos esta mision y volvamos ahora á casa, que hay en ella quien notablemente necesita de nuestra presencia,» y nombró á cierto Hermano. En llegando al lugar y en entrando en casa, fueron recibidos con mucho gozo de todos y grande consuelo de aquel afligido Hermano, el cual dijo luego al P. José: «Dios ha traído hoy á V. R., porque, si hoy no viniera, dudo mucho qué hiciera yo de mí.» Enteróse el Padre de la causa de su desconsuelo, y con avisos saludables y razones llenas de compasion y mansedumbre le dejó sosegado. Era tan grande la caridad de este siervo de Dios, que mereció la favoreciere el cielo con casos tan milagrosos.

Siendo Rector del colegio de S. Vicente, habian faltado en el colegio todos los mantenimientos. El que cuidaba del refectorio y despensa avisó al siervo de Dios ántes de la hora de comer, y dijo que no habia en casa cosa de comer sino algunas manzanas y harina de soldados, que llaman mandioca. Hácese de unas raíces como nabos y de ella se cuece pan, aunque malo, y cruda suele servir de pan á las comidas. Es recia y se preserva de corrupcion mucho tiempo, y así la usan mucho allí en la guerra y por eso la llaman harina soldadesca. Con este regalo habia de comer aquel dia todo el colegio de S. Vicente. Mandó el P. José que, en siendo tiempo, tocasen á exámen de la conciencia, que en la Compañía se hace un cuarto de hora ántes de comer. Entre tanto acudió con su ordinaria confianza al tesoro infinito de la omnipotencia de Dios; mas pasóse presto el cuarto, y volvió el despensero á renovarle la memoria de nuestra pobreza y á preguntarle qué haria. Mandó otra vez el siervo del Señor que tocarse á comer; toca, júntanse todos, siéntanse á la mesa, comienza la leccion ordinaria; pero apenas comenzó, cuando tocaron la campanilla de la portería, y acudiendo el portero, halló una buena cesta llena de comida muy bien guisada que enviaban de limosna al colegio. Repartióse á cada uno su racion y hubo abundantemente para todos, y todos con tal suceso se movieron á hacer mayores gracias despues de la comida

á la bondad de Dios, que así no falta á los que esperan en él. Mayor milagro de la providencia divina fué el siguiente:

Tenia la villa toda de S. Vicente mucha fata de aceite, y en nuestro colegio habia solamente un cubeto de él. Pero proveia al colegio y á la iglesia de S. Vicente y á la de Piratininga, sujeta entónces á este Colegio, y la limosna de los pobres gastaba su parte. Iba con tantas provisiones faltando el aceite y el cubeto daba ya solamente un hilo delgado; inclináronle á un lado como sucede en semejantes faltas, y recogiendo el aceite á la parte anterior, gotaba todavía un poco. Finalmente vino á consumirse de manera, que ni una gota destilaba. Entónces el H. Antonio de Ribera que cuidaba de la despensa, avisó al P. José que el cubeto del aceite se habia acabado y podia emplearse en otra cosa, porque no sólo estaba sin aceite, sino seco totalmente. Díjole el siervo de Dios que en ninguna manera, ántes le mandó que en todas las necesidades acudiese á él como ántes; que Dios era padre misericordioso y haria que no faltase aceite en él. Obedeció el despensero, y como fuentecilla pobre de agua en lo riguroso del verano se seca á las noches, y en volviendo el dia vuelve á correr; así el cubeto, en satisfaciendo alguna necesidad presente, detenía el curso del aceite como si totalmente quedara vacío; pero ofreciéndose nueva necesidad, volvía á dar todo el aceite necesario. Casi dos años enteros que duró en aquel lugar la falta del aceite, dió el cubeto fielmente tanto aceite quanto le pedia la necesidad. De manera que corrió la fama del milagro, publicando que en casa de los Padres las oraciones del santo varon José hacian que jamas faltase aceite. Vino despues una nave flamenca y en ella una tinaja de aceite enviada de limosna á nuestro colegio. Metieronla en la despensa, y luego se secó aquella fuentezuela, como en otro tiempo la medida de aquella viuda de Eliseo, en faltando vasos que recogiesen el aceite.

Estaba este siervo de Dios tan atento al bien, principalmente el espiritual, de sus súbditos, que parece tenia todas sus necesidades presentes, y verdaderamente las tenia, pues Dios se las revelaba.

Un Padre que gobernaba una residencia sujeta al colegio de S. Vicente, donde era Rector el bendito P. José, mandó á un Hermano que se recogiese á su aposento y que sin licencia suya no saliese de él. Supo el santo varon por revelacion de Dios el caso, acudió luego al consuelo del afligido Hermano, y flaco, y achacoso, y solo, y con los pies descalzos, anduvo ántes de mediodía doce leguas. Entró en casa, fuése al aposento del recluso, mandóle salir, habló con el Superior de aquella casa, y con buenos consejos y á propósito para entrambos, le reconcilió con el Hermano. Despidióse luego de los de casa, consolólos con su bendicion, no quiso esperar las visitas de los

amigos seculares que le vinieron á ver, y el mismo dia volvió al lugar de donde habia salido, en el cual ninguno habia reparado que faltase. El amor de aquella oveja de que tenia cuidado, le obligó á hacer camino tan trabajoso, porque quizá no podia aplicarse tan bien á aquel mal la medicina por otra mano; que importa mucho la calidad y benevolencia de la persona, para sosegar á un hombre alterado.

Otro Hermano de la Compañía vivia en una granja nuestra que tenia á su cargo, y era el lugar aislado, de manera que solamente por el mar tenia entrada ó salida. A este Hermano, ó porque la soledad ú otra causa oculta le afligia el alma, comenzaron á traerle solícito é inquieto grandes melancolías; no tenia quien le consolase en su tristeza ni á quien comunicar las causas de su desasosiego. Tres dias habia que aquella pena le ocupaba el corazon, cuando paseándose en el campo vió al venerable P. José solo, acompañado solamente de su báculo, que se venia á él; salióle á recibir muy regocijado, saludóle con mucho respeto y dióle las gracias de su venida. Díjole entónces el santo varon: «Por vos sólo he venido aquí.» El Hermano le descubrió las causas que le train inquieto, y el P. José con razones prudentes y amorosas le sosegó, y le dejó muy contento y sosegado en su granja. Mas no pudo el Hermano entender de qué suerte pudo venir y volverse el siervo de Dios, porque vió la ribera toda desierta y en ella no habia género de embarcacion. Pero el Angel que le revelaba estas cosas le llevó á la granja y volvió á su casa, como el otro que á S. Felipe el Diácono desde el camino en que bautizó al eunuco de Candaces, le puso con invisible mano en Azoto.

Otro Hermano de casa sintiéndose notablemente debilitado, pidió al despensero para almorzar alguna refeccion; pero respondióle que no se atrevia á darla sin licencia del Superior, porque no se meneaba en casa cosa que luego no la supiese aún sin decírsela ninguno. Vino de buena gana el necesitado, en que el despensero pidiese la licencia, y despidióse para volver despues, mas apénas se habia despedido, cuando el P. José acudió al despensero y le mandó diese á aquel Hermano lo que pedia, porque tenia notable necesidad de aquel alivio.

Despues de su muerte, afirmó otro religioso que le descubrió una cosa que habia pasado á solas entre el mismo religioso y otros de casa, que fué imposible haberla sabido sino por aviso del cielo. Esto hacia que los súbditos anduviesen muy cuidadosos y no hiciesen cosa digna de reparo, porque sabian que ninguna se le escapaba á su Superior. Pero no se aprovechaba el santo varon de este divino y sobrenatural conocimiento sino es en utilidad de las personas á las cuales importaba, y él las sosegaba y consolaba, como se verá por estos casos.

Andaba uno muy afligido de varios pensamientos, y no habia descubierto á nadie el desasosiego de su alma. A esta sazón le encontró el P. José y con solas estas palabras: «Quitad, quitad allá, ¿para qué esos pensamientos impertinentes?» y dándole su bendicion, le serenó y sosegó el corazon como si jamas algun pensamiento triste se le hubiera ocupado.

Un padre solia confesarse con el siervo de Dios, y un dia para decir Misa iba á hacer su confesion. Era sin duda miedo y escrúpulo el que le llevaba; el santo varon le dijo que no tenia que temer, que fuese á decir Misa sin confesarse. Instaba el Padre que traia algunas cosas que necesitaban de confesion: volvió el siervo de Dios á animarle, y díjole la especie del pecado que temia y que en él no habia incurrido culpa alguna sino merecido grande premio. Y era la calidad de la cosa tal que, si no es ilustrado de Dios, era imposible saberse, ni la especie de la culpa, ni el grado del merecimiento. A otro Padre despidió antes que le hablase palabra, asegurándole que no habia culpa alguna en lo que le afligia tanto la conciencia.

No es mucho que tuviese este santo varon semejante providencia para con los de casa, pues la tenia para con los de fuera. Estando en su aposento ocupado, salió una vez de repente dando voces al portero, y mandóle que al punto abriese la puerta y recogiese á un hombre que habia hecho una muerte, y huia de la justicia que le seguia, y que no permitiese entrar á los ministros de ella. Obedeció el portero, y apénas abrió la puerta cuando se arrojó dentro aquel fugitivo, salvándose de esta manera de la pena que venia á sus espaldas.

No sólo la luz que el cielo le comunicaba aprovechó á un hombre particular, sino tambien á la salud comun de toda la república. Porque en otro tiempo llamando de la misma manera al portero, le mandó que subiese á la torre y tocase la campana al arma. No entendieron los ciudadanos la señal, y admirados todos preguntaron la causa de aquella novedad. Respondiáles el santo varo quen estuviesen en arma y guardasen la ciudad, porque unos corsarios vendrian el dia siguiente y entrarian el puerto. Creyeron los ciudadanos á la profecía, y otro dia despues entraron los enemigos en el puerto, saltaron en tierra; mas viendo á la ciudad en defensa, no se atrevieron á acometerla y sin hacer nada volvieron á embarcarse. De esta suerte se libró la ciudad de un tan gran peligro.

Otra vez caminando de una aldea á otra con su compañero, le dijo: «Volvamos á este lugar de donde salimos, que á sus vecinos y al Sacerdote de él amenaza un grande peligro. Poco tiempo despues que llegaron, vinieron á la aldea unos hombres sediciosos á alterar los villanos y hacer daño al lugar; pero movidos á respeto con la presencia del santo varon, mudaron su daño intento.

Estaba en otra aldea de la misma colonia un hombre que habia hecho un homicidio; mas porque, ó creia que el crimen podria ocultarse, ó porque otro yerro le tenia demasadamente confiado, él con toda su familia vivia muy seguro atendiendo y cuidando de su hacienda en el lugar. Estaba en otra aldea vecina el P. José, y avisado por revelacion divina del peligro de aquel hombre, envió á media noche á decir á su mujer que avisase á su marido se pudiese en salvo, y ella se recogiese al Espíritu Santo, porque vendria presto un alguacil á hacer la prision, y sucedió así.

Mientras que gobernó el colegio de S. Vicente partió de su colegio á Piratininga acompañado del P. Vicente Rodriguez, ordinario compañero de sus peregrinaciones. En medio del camino, cayendo ya la noche, hicieron como solian, su pobre albergue. Venian por el mismo camino, aunque encontrados, desde Piratininga á S. Vicente unos portugueses, y pararon media legua ántes de los Padres y allí armaron su tienda. Envióles el P. José un brasil de su compañía que dijese á los caminantes que no hiciesen noche en el lugar que habian escogido, si no querian que los árboles que estaban sobre su tienda, cayendo los oprimiesen á todos; que les rogaba se recogiesen con él á su estancia. Admiráronse los portugueses de que el P. José hubiese sabido su venida á aquel lugar, pero creyeron su aviso muy ciertos que quien habia tenido noticia de su camino y de su estancia, conoceria tambien la desgracia que les amenazaba. Y así, guiados del muchacho brasil, mudaron rancho al albergue de los Padres. Pero admitiólos el P. José con condicion que ántes de entrar confesasen todas sus culpas al P. Vicente Rodriguez.

Entraba entre los demás uno que queria excusar la confesion: mas hízole salir el siervo de Dios, diciendo: «Ninguno no confesado entre cargado del desastre que consigo traia, no perezcamos todos á vuelta de los culpados.» Aquella misma noche sintieron una horrible tempestad levantada de furiosos vientos, y á la mañana prosiguieron su camino: y cuando los Padres llegaron al lugar en que habian parado los de Piratininga, vieron derribados con la fuerza de los vientos grandísimos árboles que tenian debajo hecha pedazos la tienda de los portugueses levantada la noche ántes.

Siendo el santo varon Superior de S. Vicente, sintió un dia grandes impulsos de ir á Piratininga para remediar un grande peligro. Tomó por compañero un muchacho brasil y partió para allá. Pasando por la plaza le vieron ir apresurado Jorge Ferreira y otros cuatro ó cinco ciudadanos que en un corrillo tenian conversacion. Preguntáronle á dónde iba con tanta priesa: «A Piratininga, respondió el santo varon, á reprimir al demonio que suelto y furioso abrasa en odios mortales á dos hombres principales.» Preguntóle Jorge si habia tenido nueva de aquella enemistad por cartas ó por palabras de al-

gunos; y diciendo que no, prosiguió su camino. Ellos entendieron que Dios se lo habia revelado. Súpose despues que llegó á Piratininga dos horas ántes que se pusiese el sol, y que compuso y reconcilió entre sí á los dos enemigos, entre los cuales se habia levantado aquel incendio. Y no es menor maravilla que un hombre flaco de fuerzas y quebrado de salud, con un niño de tierna edad, en tan breve tiempo corriese tan largo camino, pues son quince leguas.

Otro hombre muy afecto al santo varon, que se llamaba Juan Suarez, estaba una vez resuelto de ofender á Dios en una venganza, y caminando ya á la ejecucion, encontró al siervo de Dios, y sin haber él declarado á nadie su pecho, como si le leyera el alma, con mucho amor le dijo: «Guarda, hijo, no vayas adonde caminas; guárdate, no conserves en el corazon esos pensamientos, muda parecer, porque si no te castigará Dios.» Con estos santos consejos se rindió á la fuerza de las palabras del siervo del Señor y desistió de su intento.

Este mismo hombre Juan Suarez tenia un amigo muy estrecho, el cual se determinó á dar la muerte á su mujer que se habia retirado de su compañía, y á otro de quien se sospechaba agraviado, si bien parece que no dejó la mujer á su marido porque temiese castigo de alguna deslealtad, sino por alguna otra pesadumbre. Juan Suarez importunado de su amigo, vino en ayudarle á ejecutar las muertes de entrambos. Tratando ellos entre sí este negocio con el secreto que pedia sin otros consejeros ó testigos, llegó repentinamente el P. José, y con razones graves les afeó el hecho que trataban. Heláronse ellos atónitos de que hubiese sabido su determinacion; mas aunque no respondian á sus razones porque no tenian qué, con todo eso no desistían de su intento primero. El P. José volvió con mayores bríos á persuadirles, ya con ruegos, ya con amenazas de la venganza y justicia divina. Pudo tanto que el marido se rindió y prometió de perdonar y admitir á su amor primero á su mujer, dejando la conclusion toda del negocio en manos del siervo de Dios. Con lo cual se atajaron las dos muertes, y los dos casados, ya reconciliados, vivieron despues en suma paz y amor y cuidadosos de servir á Dios. De esta manera concurría el Señor á la caridad y celo de este fervoroso Padre, revelándole la materia en que podria ejercitarle, y él solamente aprovechaba la luz que Dios le daba en el bien de sus prójimos.

A algunos que confesándose con el santo varon callaban algun pecado, él se lo decia y hacia que hiciesen entera la confesion.